



LA EUROPA DE LOS FRANCOOTIRADORES

CUANDO una decena de militantes de cuatro países diferentes comienzan a distribuir octavillas frente al edificio Philips, de Bruselas, hacen su aparición una veintena de policías, quienes se incautan del material impreso, llevan a los militantes a la Comisaría y allí, tras someterlos a un largo interrogatorio, les hacen sendas fichas.

Cuando los militantes italianos del *Manifiesto* o de *Lotta Continua* entran en Francia, se informa de su presencia al Ministerio del Interior y sus acciones son seguidas de cerca y comunicadas a las autoridades policíacas italianas. Pues ocurre que las policías de ambos países intercambian los datos contenidos en sus ficheros.

Cuando el cuerpo profesoral de la Universidad de Berlín Oeste decide confiar la cátedra de Economía al teórico marxista belga Ernest Mandel, las autoridades de la ciudad hacen uso del veto, y cuando, poco después, Mandel trata de hacer su entrada en Alemania, la policía le rechaza en la

misma frontera, siguiendo órdenes recibidas del Gobierno de Bonn, quien considera sus ideas como subversivas.

Cuando los obreros de las filiales italianas o españolas de Michelin o de Rhône-Poulenc se declaran en huelga, sus camaradas franceses no son informados ni de la naturaleza ni de las razones que han movido a aquéllos a tomar tal medida. Los obreros de la Ford de Colonia lo ignoran todo acerca de las luchas llevadas a cabo por los de la planta de Dagenham; los de la Philips de Suresnes nada saben de lo que ocurre en las fábricas Philips de Eindhoven o de Hamburgo, etcétera.

Todos estos ejemplos se refieren a hechos muy recientes.

Quince años después de la entrada en vigor del Mercado Común, la «Europa de los trabajadores» sigue siendo un deseo piadoso. Pero la Europa de las policías, de los capitales y los patronos sí funciona. Funciona tan bien que una veintena de firmas trans-

nacionales pueden modificar abiertamente la política fiscal, monetaria y social de cada uno de los Estados que componen Europa. Juntas, estas firmas —entre las que figuran Unilever, Shell, Michelin, Philips, Siemens, Montecatini, Rhône-Poulenc, etcétera— alcanzan un volumen de negocios superior al total del presupuesto del Estado francés, británico o alemán. Nadie controla en las fronteras los capitales, las fábricas, los puestos de trabajo que Pirelli o Saint-Gobain, Singer o Ford mueven como peones en el tablero europeo y mundial. Los militantes extranjeros que acuden a apoyar a un piquete de huelga o a los ocupantes de una fábrica filial son expulsados de Alsacia. Pero ninguna autoridad pide cuentas a los dirigentes holandeses de la Singer, que se presentan en Schirmeck (Alsacia) con el fin de «explicar» el despido de ciento cincuenta obreros, de un total de doscientos cincuenta, después de que la firma hubiese percibido 1.267.000 francos en con-

cepto de préstamos semipúblicos destinados a permitir la creación en esa localidad alsaciana de quinientos nuevos puestos de trabajo.

Los paraísos fiscales

En una palabra, mientras los ciudadanos continúan sometidos a las leyes, a los controles y a las policías de los distintos Estados, los capitales escapan a todo control. ¿Qué importan a la BASF, a la Fiat o a la Michelin las directrices de política económica de los Gobiernos alemán, italiano, francés si llevan o cabo en el extranjero más del 60 por 100 de sus ventas? Por otro lado, venden y compran a sus propias filiales, a precios arbitrarios, más de lo que venden o compran a terceros. ¿Sabían ustedes, por ejemplo, que la Renault o la Fiat compran a sus filiales yugoslavas o rumanas piezas sueltas a precios particularmente ventajosos gracias a los

MICHEL BOSQUET

bajos salarios que rigen en los Balcanes? ¿O que una parte apreciable de los muebles «suecos» se fábrica en Polonia? ¿O que las cámaras del «trust» germano-belga Agfa-Gevaert se manufacturan en el Japón; los micro-circuitos de Siemens, en Singapur, etcétera? Cuando estallaron los conflictos en las plantas que tiene la Pirelli en el Norte de Italia, los obreros despedidos hubieron de hacer frente a esta alternativa: o el paro o irse a trabajar a otras fábricas Pirelli en el extranjero, sin derechos sindicales y sin antigüedad.

Pero hay otros detalles mucho más interesantes. Los precios a los que compran o venden sus productos las filiales de un «trust» transnacional no tienen a menudo relación alguna con los costes reales. La filial del país «A», por ejemplo, donde los impuestos son elevados, tratará de hacer el menor volumen posible de beneficios. Esto le resulta fácil: para ello no tiene más que ceder, a muy bajo precio (con pérdidas si es necesario), sus partidas a las filiales de los países «B» y «C», donde los impuestos son muy bajos, cuando no nulos. Al mismo tiempo, la primera filial comprará a éstas sus partidas a precios arbitrariamente inflados. Consecuencia: la filial del país «A» no tendrá apenas beneficios. Estos correrán a cargo de las filiales de los países «B» y «C», donde apenas habrán de pagar impuestos.

De establecer el nivel de estos «precios de transferencia», así como la política de intercambio entre filiales, se encarga generalmente un «holding» instalado en un «paraíso fiscal». El «holding», propietario jurídico de todas las filiales y las patentes de fabricación, es libre de facturar a precios fantásticos los servicios y productos que revende a sus diversos establecimientos después de haberse los comprado. Hacia estos «holdings» se dirigen, a fin de cuentas, los beneficios de las unidades de producción y de los departamentos de «engineering» y de investigación. Por eso, Saint-Gobain tiene un «holding» en Friburgo (Suiza); Renault, otro en Zurich, y Michelin tiene uno en Basilea. Por eso hay ocho mil «holdings» domiciliados en Suiza, y diez mil en Liechtenstein.

En estas condiciones, la política fiscal de los Estados apenas si tiene eficacia alguna. Lo mismo ocurre con las políticas monetarias. Es como si las firmas transnacionales tuviesen moneda propia. Al disponer de una gran liqui-

dez a base de múltiples divisas, las firmas en cuestión consideran las fluctuaciones de aquéllas como un riesgo que hay que evitar a toda costa. Así, cuando una divisa corre el peligro de devaluarse con respecto a otra, los «holdings» que controlan esas firmas proceden a su conversión inmediata en esta última. De aquí que se produzcan esas fulminantes transferencias de enormes paquetes de divisas —centenas de millones de dólares en cuestión de horas—, que, como si de un cargamento mal arrumado se tratase, cambian de banda en cuanto suena la mínima alerta, burlándose así de las políticas monetarias de los países.

Instituciones marginales

Frente a esta situación, escribe Charles Levinson en «Capital, Inflation and the Multinationals» (Allen and Unwin, Londres), «Los viejos métodos, las estructuras y las ideologías tradicionales del sindicalismo dan muestras de una ineficacia evidente... La estructura multinacional ofrece a los «managers» posibilidades inéditas de hacer fracasar los movimientos

reivindicativos y las huelgas. Los «managers» pueden recurrir a las fábricas extranjeras, donde, mediante horas extraordinarias, se llevará a cabo una producción sustitutiva. Así podrán seguir suministrando productos a su clientela gracias a los «stocks» de las demás unidades de producción».

Así también los patronos podrán demostrar a sus obreros, esgrimiendo cifras y estadísticas, que el déficit de una empresa determinada imposibilita la satisfacción de las reivindicaciones obreras e incluso exige sacrificios por parte de los trabajadores. Esto ha ocurrido recientemente en la filial belga de un «trust» francés de construcción mecánica. «Pero, ¿saben los sindicatos — escribe Levinson— que los productos de la empresa belga son vendidos a simples «precios de transferencia» (arbitrariamente bajos) a una sociedad del mismo grupo ubicada en el extranjero, la cual los revenderá con ganancia?».

¿Qué hacer entonces? En primer lugar, aconseja Levinson, no esperar ya nada de los Gobiernos nacionales, que se han convertido en «instituciones marginales». Pueden seguir atenuando los efectos más dramáticos de la política de las empresas multinacionales,

pero no —aun suponiendo que quieran hacerlo— influir sobre esa política. Su papel se limita a hacer de Cruz Roja —socorrer como sea a las víctimas— y a reprimir las protestas. En una palabra, aprendamos a despreciar a los Estados, intercambiemos las informaciones, encarguémonos nosotros mismos de coordinar las luchas.

Este consejo tiene la fuerza de la evidencia, y nos lo ofrecen todas las centrales sindicales. Ahora bien, intercambiar informaciones es algo relativamente sencillo, pero, ¿qué significa «coordinar las luchas»? ¿Desencadenarlas a la vez en todas partes, según un determinado calendario y con vistas a idénticos objetivos? Esto es confundir al movimiento obrero con una máquina administrativa.

El peligro burocrático

La Europa de los trabajadores no puede construirse del mismo modo que la Europa de los capitales. Para abrir o cerrar fábricas, crear o suprimir millares de puestos de trabajo, pedir en préstamo o transferir miles de millones, basta el acuerdo y la firma de unas decenas de personas. Sus consignas ponen inmediatamente en funcionamiento millares de engranajes burocráticos y provocan, dentro de los plazos fijados, los efectos calculados a centenas de kilómetros de distancia. Las administraciones privadas y públicas están ahí para eso: garantizan la ejecución de órdenes procedentes de lo alto sin preocuparse para nada del acuerdo individual o colectivo de todos los empleados, a través de los cuales pasan dichas órdenes. La burocracia funciona como una máquina programada.

El movimiento obrero, por el contrario, no puede funcionar del mismo modo. Contrariamente a una vieja mitología militar, no existe —por lo menos en los países latinos— un «ejército» cuyos «jefes» envíen a sus «tropas» al campo de batalla según los planos elaborados por los estados mayores centrales. Por otro lado, si hubiese que llegar a ese extremo para hacer frente a las grandes maniobras de las firmas transnacionales, es difícil saber qué sería peor, si el remedio o la enfermedad: muchos militantes prefieren renunciar a una coordinación internacional de las luchas obreras,

Manifestación de la CGT francesa, encabezada por el ex secretario general del PCF, Waldeck-Rochet.





Ella quería probar mi cara...

Imagínate... ¡cómo me iba a negar!... y a las cuatro de la mañana. Además... usando Lectric... Total que se acercó y yo... claro, me puse a hablar de Lectric Shave. De lo bien que prepara la barba y de las horas que dura el afeitado eléctrico de Williams. Pero ella no quería saber nada de Lectric Shave Williams. ¡Figúrate! Sólo yo sé lo importante que ha sido Lectric esta noche.

Lectric Shave de Williams para días más largos.



LA EUROPA DE LOS FRANCOOTIRADORES

pues ello exigiría el reforzamiento de los aparatos sindicales, con la consiguiente pérdida de iniciativa en la base. Temen esos militantes que un buen día, bajo pretexto de coordinación y unificación de las reivindicaciones, unos funcionarios sindicales se presenten en las fábricas francesas, italianas y belgas para explicar a los trabajadores que sus «camaradas» alemanes, británicos u holandeses no están aún maduros para la acción o que los objetivos de ésta deben ser reducidos al mínimo común denominador. Temen también que la integración del movimiento obrero europeo dé preponderancia a las centrales alemanas y británicas, las más poderosas numéricamente hablando, con lo que la lucha de clases en Europa se reduciría a una serie de negociaciones en la cumbre, en las que los trabajadores —al igual que ocurre actualmente en Estados Unidos, en Suecia o en Alemania— no serían más que simples comparsas.

Pero, ¿se plantea actualmente el problema en estos términos? Por ahora, no. No es actualmente la coordinación internacional la que frena las luchas obreras, sino, por el contrario, los celos que sienten unas burocracias sindicales de otras, ansiosas como están por defender sus prerrogativas nacionales, todo lo cual entorpece los intercambios de experiencias entre los militantes de los distintos países.

No se trata únicamente del foso ideológico que separa a los sindicatos italianos y franceses, relativamente «ligeros» y «contestatarios», de las grandes máquinas sindicales alemanas, belgas y holandesas, que, profundamente integradas en las instituciones del Estado, funcionan como grupos de presión y creen en la virtud de llegar a acuerdos con el Gobierno. Tampoco se trata solamente de las fronteras políticas que separan entre sí a centrales nacionales afiliadas a diversos organismos internacionales. Es más bien dentro de cada central internacional (la CISL, por un lado, y la FSM, por otro) donde se enmarcan las fronteras. Los encuentros que celebran regularmente la CGT francesa y la CGIL italiana, pertenecientes ambas a la FSM, se desarrollan a veces en una atmósfera tan tensa, protocolaria y fría, que más bien parecen encuentros entre jefes de Gobierno que discuten de poder a poder. En cuanto al intercambio de información, podemos decir que se

produce a nivel de dirigentes; es muy raro que las informaciones lleguen al conocimiento de quienes constituyen la base, estimulando así la reflexión, la acción y la solidaridad activa entre obreros de diferentes países.

«Menos exigentes que vosotros»

Así, cuando, antes y sobre todo después de mayo de 1968, un auténtico mar de fondo soliviantó a la clase obrera italiana, ¿quién informó a los obreros franceses de los nuevos métodos y objetivos de la lucha? ¿Quién les describió las reivindicaciones antijerárquicas e igualitarias, los comités de lucha, de taller y de cadena, el rechazo de la organización capitalista del trabajo, la autodeterminación de los ritmos de producción? ¿Los sindicatos franceses? Apenas hicieron nada en este sentido. ¿Cómo llegó a propagarse, aunque con retraso, la información? «Más que los encuentros entre sindicalistas —declara Edmond Maire—, son los medios de comunicación de masas los que hacen que trabajadores de nacionalidades diferentes tomen conciencia de una comunidad de aspiraciones».

Los *mass media* en cuestión no son, sin embargo, la prensa de gran tirada ni la radio-televisión (excepto, tal vez, en Alemania). En realidad, el trabajo de información parece haber sido obra de grupos políticos: los «Cahiers de Mai», el PSU, los maoístas, los trotskistas. Todos ellos enviaron a militantes a las fábricas italianas y se trajeron a Francia a «obreros de vanguardia» italianos, para relacionarlos con sus camaradas franceses. Gracias a este vaivén semiclandestino, a estos lazos anudados en la base, han podido circular las ideas. En Schirmeck (Alsacia) no han sido los sindicatos quienes han organizado el apoyo económico internacional a los trabajadores de Control-France, sino dos grupúsculos luxemburguistas (de Rosa Luxemburgo) llamados Hydra y Spartakus. Siguiendo una iniciativa del PSU, varios equipos multinacionales han comenzado a distribuir octavillas a las puertas de las fábricas Philips de Europa. Cuando, el año pasado, las luchas emprendidas por los obreros de la Fiat y Pirelli tropezaron con la intransigencia y la represión de los patronos, quienes declaraban:

«No podemos ceder mientras que en las fábricas Renault y Michelin de Francia, en la Volkswagen y la Olympia de Alemania los obreros se muestren menos exigentes que vosotros», ¿quién informó a los trabajadores franceses y alemanes de esta situación? Por aquel entonces, en la Renault los sindicatos estaban más preocupados de impedir la extensión de la huelga de los obreros especializados de Le Mans.

En una palabra, parece como si las grandes centrales se preocupasen más de proteger a sus «tropas» contra el contagio extranjero que de facilitar este contagio a fin de organizar la solidaridad internacional. Ninguna delegación obrera «europea» se trasladó a Escocia para explicar a su regreso la huelga al revés, de autogestión, de los dieciséis mil obreros que, desde hace un año aproximadamente, mantienen en funcionamiento los astilleros navales del Upper Clyde, cerrados oficialmente. Hay que leer la prensa británica para enterarse de que diecinueve fábricas de la región de Manchester están ocupadas actualmente por veinte mil metalúrgicos.

Los ejemplos de solidaridad internacional entre sindicatos han sido hasta ahora bastante raros. En 1970, la CFDT organizó diversos paros en la Rhône-Poulenc francesa para impedir el *lock out* de dos mil obreros de una filial británica. Los sindicalistas de las fábricas europeas de la Philips han comenzado a ponerse de acuerdo sobre una serie de reivindicaciones comunes mínimas. Desde 1969, gracias a la ICF de Charles Levinson, los sindicatos de las fábricas de Saint-Gobain de Europa y América están ligados por un acuerdo de cooperación y ayuda mutua: toda huelga que se produzca en cualquiera de los países donde existen plantas de la citada firma será apoyada por los obreros de los demás países mediante el rechazo de horas extraordinarias y la negativa a firmar un acuerdo nacional mientras en cualquier otro país continúen los conflictos de obreros de Saint-Gobain. El pragmatismo trade-unionista de Levinson, que deja a cada sindicato de empresa la libertad de establecer su propia línea reivindicativa, ha brindado hasta la fecha más ejemplos de solidaridad obrera que las grandes centrales de la Europa latina. La razón es, sin duda, que la CIF, cuyo secretariado radica en Ginebra, está realmente «por encima

de las patrias»: convencida del fracaso de los Estados nacionales, la ECF apenas si se interesa por su política; es a los dirigentes internacionales de las firmas transnacionales a quienes trata de presionar.

El reverso de la medalla es evidentemente que ese tipo de sindicalismo es rigurosamente apolítico: no se plantea problemas de poder, régimen, transformación de la sociedad, etc. Para Levinson, el poder político nacional es cómplice y víctima a la vez de la estrategia internacional de los «trusts»; el poder político supranacional no existe. Por eso, sólo cabe presionar sobre los propios «trusts» transnacionales, a fin de arrancarles concesiones que, por definición, no pueden poner en entredicho ni su potencia, ni su existencia, ni el capitalismo.

IncurSIONES revolucionarias

Es verdad que ese algo es mejor que nada. Pero dista mucho de ser suficiente. Pues la radicalización de las luchas que, con, sin o contra los sindicatos, se desarrollan en los países mediterráneos plantea con renovada urgencia una serie de cuestiones esencialmente políticas de transformación de la sociedad, de estrategia y de poder. Pues «hacer la Europa de los trabajadores» no significa que cada clase obrera haya de esperar a las demás para entablar la batalla al mismo tiempo. Ello equivaldría a subestimar la dinámica y el contagio de las luchas, cuando de lo que se trata es precisamente de facilitar, de preparar este contagio: el movimiento obrero no debe permitir que una incursión revolucionaria en uno de los países de Europa pueda ser sofocada por otros. Hace un año, Edmond Maire insistió en esta dimensión política del problema, aun reconociendo su dificultad: «¿Cómo impedir —se preguntaba— que la división internacional del trabajo obstacule el desarrollo de las luchas anticapitalistas?... Hemos de prepararnos para hacer frente a una situación en la que podría ser necesario que los trabajadores franceses, por ejemplo, se levantasen para impedir a su Gobierno y a sus patronos obstaculizar, mediante presiones diversas, las transformaciones sociales emprendidas por nuestros camaradas italianos». ■ M. B.